



## ANEXO II / TEXTOS DE FORMACIÓN EL DISCERNIMIENTO APOSTÓLICO IGNACIANO

*Horacio Carrau SJ*

Quiero compartir con ustedes algunas ideas y experiencias que la práctica del discernimiento personal y comunitario propio y ajeno me ha ido entregando. Estoy pensando en el momento que están viviendo ustedes como Comunidad Nacional en el Discernimiento Apostólico.

Detrás de lo que voy a exponer hoy está la experiencia personal y comunitaria de la Comunidad nacional CVX-Uruguay; es a esa experiencia a la que apelé para exponer hoy sobre este tema. La experiencia del discernimiento nacional en torno al tema de la Misión CVX nos fue dando algunas claves para entender nuestro camino y nuestra vida concreta. El proceso, que duró un año (1995) fue vivido por la Comunidad como un momento de gracia, donde juntos pudimos ir reconociendo criterios orientadores para la misión, tentaciones frecuentes en la dimensión apostólica de la vida CVX y también las tensiones que normalmente vivimos y son parte del camino.

Ante todo y sobre todo, el discernimiento es GRACIA, DON DEL ESPÍRITU para la edificación del cuerpo de Cristo, es decir, de la Iglesia (1 Cor 12,7). Esta realidad del discernimiento como don del Espíritu nos remite a otra afirmación conexas: el discernimiento no es un álgebra espiritual al que podamos recurrir en cualquier momento para “decidir según Dios”. Esta es quizá la primera tentación que experimentamos al querer discernir: creer que discierno porque quiero y a fuerza de voluntad. Tal convencimiento es ya una victoria del mal espíritu en nosotros.

Pero complementariamente al don de la gracia que es el discernimiento, podemos decir que es también un ARTE, y que como todo arte tiene sus reglas, su necesidad de maestro y sobre todo de práctica; nunca terminamos de dominar el arte del discernimiento, porque nos va abriendo siempre a panoramas, a situaciones, a encrucijadas nuevas. Por otro lado, como todo arte requiere de una especial sensibilidad, es decir, dejarnos afectar por los sentimientos que se van provocando en nosotros y en la comunidad.

En tercer lugar, el discernimiento es SABIDURÍA en el sentido bíblico del término; es una sabiduría de Dios mediada en cuanto a su transmisión (al menos comúnmente) por alguien experimentado, por alguien que a su vez lo recibió de otro y lo fue haciendo suyo, lo fue haciendo vida. El discernimiento se transmite de generación en generación en la vida de la Iglesia, porque es esencialmente un carisma eclesial.

Esta expresión, sabiduría de Dios, nos puede introducir al campo propio del discernimiento espiritual. No negamos con esto, antes bien, afirmamos la necesidad de otros planos del discernimiento: moral, socio-político, etc., campos específicos que poseen sus propias reglas y puntos valóricos de referencia.

El campo propio del discernimiento espiritual es entonces el campo de las mociones o movimientos interiores que leemos en relación a Dios y a través de las cuales voy reconociendo su voluntad o su camino para mí o para la comunidad. Aquí es donde la sabiduría de Dios, tan distinta de la sabiduría meramente humana, nos ayuda a encontrar los caminos de Dios. Por decirlo en otras palabras, el discernimiento propiamente espiritual tiene lugar cuando intentamos ir más allá de la lógica meramente humana y pretendemos vivir de la lógica evangélica. Un ejemplo puede aclararnos esto: la “eficacia y cortoplacismo” de la lógica humana contrapuesta al espíritu de las bienaventuranzas, por ejemplo.



El discernimiento se nos va haciendo posible en la medida en que somos capaces de ir reconociendo nuestra historia vivida, nuestra experiencia. El reconocer lo vivido y el reconocernos en lo vivido nos van abriendo cada vez más a la verdad sobre nosotros mismos y a la verdad de Dios sobre nosotros. **El discernimiento es la experiencia de acercarse a la verdad, de intentar vivir en la verdad** (cf. Jn 8,32 “conocerán la verdad y la verdad los hará libres”; Jn 14,6 “yo soy el camino, la verdad y la vida”). Si miramos la vida de Ignacio de Loyola, por ejemplo, nos encontramos con que la experiencia de discernimiento lo fue llevando a la vez en dirección a su verdad más íntima y profunda sobre sí mismo y sobre lo que Dios le proponía como camino, una verdad que no le ahorró dolores pero que fue capaz de plenificarlo como nunca lo hubiera soñado.

La práctica del discernimiento conoce una doble vertiente: la personal y la comunitaria. Dentro del carisma ignaciano, esta doble vertiente ha conocido diferentes acentos a través de la historia, siendo el discernimiento personal el que más se ha estudiado, enseñado y practicado. Sin embargo, el discernimiento comunitario es una realidad que, aunque sin este nombre, el mismo Ignacio practicó en la llamada “Deliberación de los primeros padres”, discernimiento comunitario en el que los primeros jesuitas decidieron cuestiones de fundamental importancia para la vida del naciente grupo apostólico.

Entrando ahora en la dimensión propiamente apostólica del discernimiento, me parece importante hacer algunas precisiones previas, aunque no las desarrollaré in extenso:

- todo discernimiento apostólico redunda, directa o indirectamente, en **la edificación de la Iglesia y del mundo**. Es decir, no nos lleva al intimismo sino a la apertura al mundo, como los apóstoles en Pentecostés.
- todo discernimiento, si en efecto quiere ser apostólico, debe ser hecho **en y con la Iglesia**.
- el discernimiento será tanto más apostólico cuanto más la persona o grupo que discierne **viva impregnado del Evangelio**.
- el discernimiento apostólico es **un estilo, un modo de entender nuestra relación con Dios, con los demás y con el mundo**. Y es un estilo porque normalmente nos irá descubriendo y ayudando a vivir lo que “más” conduce al fin para el que fuimos creados y para el que somos congregados en la CVX, la gloria de Dios y la santificación del mundo.
- el discernimiento apostólico requiere de **libertad/indiferencia, de atención a los signos de los tiempos y de lucidez para llevar adelante lo visto**.

Un modo (podría haber otros) de plantear los pasos de un discernimiento apostólico podría ser la siguiente tríada: **“sentir – conocer – amar y servir”**, términos de honda raigambre ignaciana y que nos marcan el camino del dinamismo apostólico del discernimiento.

- **“SENTIR”** supone dejarnos tocar por la realidad interna de cada uno, interna de las comunidades particulares y de la CVX como comunidad y a la vez por la realidad externa que nos plantea urgencias siempre nuevas.
- **“CONOCER”** supone discriminar de dónde proceden las mociones o movimientos que sentimos, que experimentamos, tanto a nivel personal como comunitario. Aquí podríamos ubicar más propiamente el discernimiento ignaciano. “Conocer” para Ignacio (Aut. 7-9) supone experiencia; es conocimiento experiencial, es en el fondo, lo que expresamos cuando hablamos de sabiduría.
- **“AMAR Y SERVIR”** es la finalidad del discernimiento apostólico: “en todo amar y servir”. Nuestro discernimiento pasa aquí por la prueba de realidad, por la prueba de la entrega y el servicio. Sin



este último paso, el discernimiento no pasaría de ser un ejercicio de “caza y clasificación de espíritus”.

No voy a internarme en el comentario de las Reglas de discernimiento de San Ignacio, aunque estarán presentes de manera más o menos explícita a lo largo de esta exposición. Como decía al inicio, me parece más apropiado compartir los frutos de la experiencia vivida.

Me centraré, ahora, en tres ejes fundamentales:

- I. Criterios orientadores para la vida apostólica.
- II. Tensiones que atraviesan la vida apostólica.
- III. Tentaciones que aparecen en la vida apostólica.

#### I. *Criterios orientadores para la Vida Apostólica*

Estos “criterios orientadores” quieren ser algunas orientaciones o líneas fundamentales a tener en cuenta en el discernimiento y vivencia del apostolado. No pretenden ser las únicas ni las determinantes. Creo que deben ser consideradas en consonancia con los documentos que la Iglesia y la Comunidad Mundial CVX nos ofrecen respecto a la misión del laico en el mundo.

1. Como laicos cristianos de espiritualidad ignaciana reconocemos en el llamado del Señor expresado por Ignacio en el “parábola del rey eternal” (EE. 91-98) el origen de nuestra vocación: allí vemos al Señor que “al universo... y a cada uno en particular llama”. Y en la meditación de “Dos Banderas” (EE. 136-147), el mismo Ignacio nos invita a “considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas”. Reconocemos en nuestra vocación particular y comunitaria CVX este llamado personal y comunitario a ser enviados por el Señor, llamado del cual no podríamos excusarnos sin renunciar a nuestra vocación. Seguir al rey eternal supone en nosotros la capacidad de generosidad y entrega para ofrecernos por la causa justa de “un rey humano”; sin esta verificación de la voluntad de entrega en la práctica concreta, corremos el riesgo de espiritualismos. (PP:GG: 4-8; EE. 91-98; EE. 136-147; Mc. 2,14ss; Jn 1, 43ss; Mt. 28, 18ss)
2. La garantía de que nuestra vida apostólica personal y comunitaria está encaminada en la dirección debida se basa en buena medida en que nuestro discernimiento y vida apostólica sean confrontados con otros; en este sentido, reconocemos a la Comunidad (tanto pequeña como regional/nacional/mundial), los Ejercicios Espirituales y el acompañamiento espiritual personal como instancias privilegiadas para la confrontación fraterna y eclesial. (PP:GG 5,7,12,39ª; Heb. 10, 24-25; Col. 3, 16; Gal. 6, 2-6)
3. Reconocemos como presupuestos de todo discernimiento apostólico la disponibilidad, la indiferencia ignaciana, la coherencia entre nuestra vida y el evangelio y la fidelidad a las opciones tomadas. (PP.GG. 5, 9; EE. 5, 23, 98; Mc. 1, 1ss; Lc. 14, 15-33ss)
4. La vida apostólica debe implicar un cuestionamiento permanente acerca del qué, cómo y para qué de lo que estamos haciendo. Este cuestionamiento no implica el poner en duda o cuestionar de modo permanente nuestras opciones, sino el usar los medios más adecuados en la expresión de nuestro apostolado. El sentirnos exigidos y tensionados, si va acompañado con la paz y la alegría interior, es signo de que realmente estamos empeñados en nuestro trabajo. ( PP.GG. 4, 8; EE. 316; Mt. 1, 24-30. 36-43; Lc. 14, 34-35)



5. Nuestro servicio personal y concreto en la misión de Cristo y su Iglesia deben poner en juego de modo particular los dones que cada uno de nosotros ha recibido. Reconocemos en nuestros dones o carismas personales una gracia que nos ha sido dada en función de los demás, en particular de aquellos a quienes somos enviados en nuestro servicio. Creemos que los dones personales que no son puestos al servicio de los otros constituyen un “capital de egoísmo” que nos cierra sobre nosotros mismos. ( PP.GG. 5, 7, 8; EE. 146; Mt. 25, 14-30; Gal. 6, 4-5; 1 Cor. 12, 1-21)
6. Nuestra misión, expresada a través de servicios concretos, surge de la Misión misma de la Iglesia. Esto implica un particular cuidado y preocupación en nuestro “sentir con la Iglesia”, tal como San Ignacio nos lo expresa en sus Reglas (EE. 352-370). Nos sentimos llamados e invitados a trabajar en comunión con el conjunto del Pueblo de Dios en la construcción del Reino. Deseamos sentirnos cada vez más enviados por nuestros pastores para atender las necesidades “más urgentes y universales” en el concreto de nuestras Iglesias particulares. ( PP.GG. 3,4,6; EE. 352-370; Mc 4, 14ss; Mt. 28, 9; Jn. 17, 18)
7. Sin olvidar que la eficacia apostólica no coincide sin más con los criterios humanos de medición (cfr. Parábola del sembrador, óbolo de la viuda, etc.), creemos que nuestro apostolado debe traducirse en opciones claras y solidaridades eficaces, especialmente con los más pobres. Para ello, debemos ante todo conocer la realidad económico-social en la que estamos inmersos y actuamos; ser astutos a la hora de planificar y realizar nuestras opciones y ser fuertes para denunciar desde el evangelio las situaciones que atentan contra la persona. ( PP.GG. 1,8,12; Jn 15, 16; Mc. 4, 2-9; Mt. 25, 31-46; Lc. 16, 19-31; Lc. 13, 18-19; Lc. 21, 1-4)
8. El empeño apostólico y comunitario supone una formación continua, formación que nos ayude a conocer y reflexionar sobre el contexto socio-cultural en el que actuamos y sobre los fundamentos y contenidos de nuestro servicio. Esto implica una formación básica en áreas tales como análisis social, espiritualidad ignaciana y CVX, teología fundamental, cristología, biblia, doctrina social de la Iglesia, etc. Sobre una base común, cada individuo y/o comunidad podrá ir dando los pasos de formación que considere convenientes. (PP.GG. 11-12; NN.GG. 14, 41b; Mt. 25, 31-46; Lc. 12, 54-55)
9. Nuestro servicio puede ser personal o comunitario. Reconocemos en ambas modalidades la concreción de la misión. El que sea personal o comunitario dependerá de cada grupo en particular: intereses comunes, horarios compatibles, disponibilidad real de tiempo y energía, etc. Creemos que en el caminar de nuestros grupos las dos modalidades pueden vivirse de modo fecundo. (PP.GG. 8,12; EE. 145-146; Gal. 6, 2; Jn. 13, 1-16)

## II. *Tensiones que atraviesan la Vida Apostólica*

Aquí quiero exponer las tensiones detectadas como presentes y actuantes en la vida apostólica. Son tensiones que atraviesan nuestra vida y acción y que en algunas oportunidades se nos pueden convertir en tentaciones.

La tensión es una realidad constante en nuestra vida. La tensión es en sí misma una realidad dinámica, cambiante, que se juega entre dos polos de atracción y que es de suyo inevitable. Por otro lado, la tensión no puede solucionarse dejando uno de los polos de lado, porque perdería su capacidad de enriquecer y dinamizar nuestra vida. Es verdad, sin embargo, que no toda tensión es saludable o conveniente siempre y -discernimiento mediante-, habrá que resolver sobre tensiones falsas o estériles.



En estas notas quiero referirme a las tensiones más comunes que nos aparecen y que debemos intentar vivir como tales, sin caer en tentaciones de facilismo al cortar uno de sus polos. Simplemente las enunciaré:

- tensión entre el ideal que buscamos y la realidad que encontramos. ¿Cómo no renunciar al primero sin dejar de tener en cuenta el segundo polo?
- tensión entre mi propio sentir y necesidades y el sentir y necesidades de los demás.
- tensión entre mis propios deseos o inclinaciones y la responsabilidad moral en diversos campos.
- tensión entre lo que los demás esperan de nosotros como cristianos y las respuestas que queremos o podemos dar.
- tensión entre trabajar por cambios en lo macro y a la vez ocuparnos de situaciones y soluciones particulares.
- tensión que nos provoca el tener que aceptar un cierto grado de incertidumbre y aún de ambigüedad en nuestro obrar.
- tensión entre querer vivir y anunciar el evangelio con todas sus consecuencias y a la vez querer no ser conflictivo, no desagradar o no ser rechazado por otros.
- tensión entre la necesidad de nuestra entrega al servicio y la gratuidad e iniciativa de Dios en la construcción del Reino. En otras palabras, “actuar como si todo dependiera de mí, sabiendo que todo depende de Dios”.
- tensión entre los espacios y tiempos personales y comunitarios.
- tensión entre nuestra entrega y el no ser comprendidos en nuestras opciones.
- tensión entre diversas obligaciones y urgencias (familia, estudio, trabajo, servicio, etc.).
- tensión que lleva consigo la tolerancia: aceptar - aunque no se compartan-, otros estilos de vida y modos de vivir el evangelio.
- tensión entre estar abierto a lo que Dios me pueda pedir y el miedo a lo que me pida o invite.
- tensión para decidir entre lo que realmente necesito y las cosas superficiales de las que muchas veces me rodeo.

### III. *Tentaciones que aparecen en la Vida Apostólica*

Sin duda que al intentar vivir evangélicamente nuestra vida y al intentar llevar adelante nuestro servicio, las tentaciones se nos presentarán. Unas veces más burda y otras más sutilmente, el mal espíritu estorbará nuestros deseos más profundos de seguir a Jesús.

Las experiencias de grupos y comunidades nos proporcionan algunas pistas para nuestro propio discernimiento.

1. Una primera tentación es la de **postergar**. Esta se nos puede presentar bajo diversos “argumentos”, p.e.: dejar para el futuro un mejor servicio, esperar tener una mayor capacitación profesional para servir mejor, etc. Lo importante es ver aquí si los signos del buen espíritu (paz, sosiego interior, deseos de entrega, etc.) acompañan estos pensamientos o si por el contrario los acompañan sentimientos del mal espíritu (satisfacer nuestros deseos personales, brillar intelectualmente, estar “tranquilo de conciencia” sin hacer mal a nadie, etc.) (Lc. 9, 57-62; Sant. 2, 14-26)



2. Una segunda forma de tentación es la **parálisis**. Esta consiste en quedarnos quietos, no hacer nada fuera de lo personal porque percibimos que nuestro esfuerzo frente a todo lo que hay que hacer es como una gota de agua en el mar. Y como una gota más ni suma ni resta, nos quedamos quietos. Esta tentación se nos puede presentar bajo dos aspectos: “es tanto lo que hay que hacer y tan pocas mis fuerzas” o “lo desafíos son estructurales y por tanto no puedo hacer nada, ya que no puedo cambiar lo macro.” De nuevo aquí se impone el discernimiento, p.e. la parábola del grano de mostaza, la planta que crece mientras el labrador duerme, etc. ( Mt. 9, 1ss; Lc. 13, 18-21; Mc. 4, 26-29; Mc. 12, 41-44)
3. También puede asaltarnos la tentación de **evitar o no atender los ambientes-mensajes-situaciones diferentes**. Muchas veces los ambientes o personas diferentes a nuestro entorno diario pueden plantearnos situaciones conflictivas o tensionantes que tendemos a evitar; sin embargo, todo servicio implica siempre un grado de tensión y/o conflicto provocado justamente por la necesaria inserción o “inculturación”. (Lc. 10, 29-37; Mc. 7, 24-30; Lc. 3, 16-30)
4. No pocas veces caemos en el **lavado de nuestra conciencia** o en el intento de tranquilizarla con servicios buenos en sí pero que quizá no es lo mejor o más indicado para uno mismo en determinado momento. Es decir, nos escudamos en un servicio para no escuchar mensajes nuevos o más urgentes que nos cuestionarían en diversas áreas de nuestra vida. (Lc. 14, 15-24; Lc. 18, 18-23; Mt. 19, 16-22)
5. También es cierto que muchas veces -y esto dependiendo del momento vital que cada uno vive (soltero, casado, estudiante, trabajador, profesional, familia, etc.), la tentación puede ser la contraria: **centrarnos en un servicio que nos sirva de escape o excusa** para no servir en el lugar primario donde deberíamos hacerlo: atender las obligaciones que surgen del propio estado. (Lc. 3, 10-14)
6. Otra sutil tentación que aparece en nuestra vida es la de la **parcialización** de nuestra vida, llevando el servicio a una “categoría parcial”: me siento sirviendo en determinados ámbitos y en otros no, como si fuera posible “ser servidor o dejar de serlo”. ( Jn. 13, 12-17)
7. La **comodidad** puede ser otro obstáculo serio para el servicio, ya que alimenta la tendencia al menos esfuerzo. Es más cómodo no ver la realidad, por ejemplo, ya que de verla en serio me podría sentir responsable. La comodidad está también a la base de otros comportamientos o actitudes: no mostrar, defender o hacer valer lo que uno tiene por bueno; falta de creatividad apostólica, etc. ( Lc. 16, 19-30; Mc. 13, 35; Lc. 12, 35-48)
8. La **inconstancia** suele ser la tentación que acompaña a la impaciencia y a la comodidad. Es decir, muchas veces el no ver resultados inmediatos nos “desmoraliza” y nos hace creer que es inútil nuestro esfuerzo; también se nos puede presentar la tentación de que lo que hacemos no vale la pena porque no es lo mejor o ideal, y de allí a abandonarlo todo no hay más que un paso. En el fondo, aparece aquí una desconfianza en que la eficacia y los tiempos de Dios suelen ser diferentes de los nuestros y que debemos intentar adecuarnos a ellos y no al contrario. ( Lc. 8, 15; Lc. 22, 28ss; Rom 2, 7; Rom. 5, 1-5; Ap. 2, 1)
9. La **mediocridad o conformismo** se nos suele presentar acompañando al desánimo o al temor de entregarnos a fondo. Nos conformamos con poco; intentamos no comprometernos demasiado; parecería que nos conformáramos con el mínimo imprescindible en cuanto a la entrega y servicio. (Lc. 9, 62; Ap. 3, 16)



10. El **anteponer nuestros intereses a los intereses de Dios** es una tentación que se disfraza bajo numerosos ropajes, ya que es demasiado burdo el planteo tal cual lo enunciamos. Algunos de estos ropajes son: no darme por entero a lo que veo como invitación de Dios para mí/nosotros; realizar un servicio para mi propio brillo o gloria, es decir, para ser “valorado” a los ojos de los demás; preocuparme más por las “formas cristianas” (ritos, costumbres, etc.) que por un seguimiento más radical del evangelio. En síntesis, podríamos decir que nuestros “afectos desordenados” nos impiden ver y seguir la voluntad de Dios. (Mc. 7, 1-23; Mt. 6, 3ss)
11. El **miedo** es otra tentación -o causa de tentación-, frecuente. El miedo tiene la cualidad de paralizarnos, de impedirnos la entrega y la creatividad. Puede ser miedo al fracaso, al rechazo, al ridículo, al compromiso, etc. Lo importante es caer en la cuenta de cómo el miedo tiende a: agrandar los obstáculos, disminuir nuestras fuerzas reales, imaginar dificultades insuperables, desconfiar de Dios y el evangelio, creer que seremos rechazados en nuestro medio, no denunciar las injusticias por las consecuencias que pueda traer o por no “desagradar”, etc. (Mt. 8, 23-27; Lc. 24, 36ss)
12. Hay otra serie de tentaciones que, si bien no exclusivamente, suelen presentarse especialmente cuando nos decidimos a tomar opciones concretas de servicio. Algunas son simplemente variantes o actualizaciones de las vistas anteriormente, otras son nuevas. Podríamos enumerarlas como sigue:
  - Querer cambiar rápidamente lo macro, sin comenzar por lo chico, por lo que tenemos a mano, por nuestro propio corazón. (Jn. 3, 1-8)
  - Convencernos de que no hay alternativas ante las presiones de la sociedad y la cultura que consideramos antievangélicas. Esto nos cierra a la creatividad de las respuestas posibles. Es la tentación del blanco/negro; amigo/enemigo..., que nos puede llevar fácilmente a convertirnos en un “ghetto” de los buenos. (Mt. 9, 10-13; Lc. 5, 29-32; Lc. 7, 36-50)
  - Debilidad ante una sociedad consumista que pone en cuestión los valores evangélicos que queremos vivir. ( Lc. 6, 24-26; Mt. 19, 23-26)
  - Esperar una “revelación divina contundente” acerca de nuestro servicio y no buscar y ver en los acontecimientos cotidianos los signos de Dios que nos llama e invita. (Mc. 8, 11-13; Mt. 16, 1-4; Mt. 11, 16-19)
  - Tendencia a divorciar nuestros “momentos o áreas de servicio” y la vivencia de la Misión en la vida cotidiana.
  - Tentación del “activismo”: trabajar intensamente hacia el exterior sin atender nuestro interior; sin atender nuestra vida espiritual las motivaciones últimas que respaldan nuestra acción. (Lc. 10, 38-42)
  - Tentación del “bombero” o “apaga incendios”; es decir, “dar una mano” rápida pero corta. Nos dedicamos sólo a lo urgente, descuidando lo fundamental y de largo plazo. (Jn. 5, 17)
  - Tentación de buscar tantas seguridades para evitar “fracasos” que perdemos la capacidad de riesgo que el evangelio lleva siempre consigo. (Lc. 10, 21-22; Lc. 12, 22-32)

Dentro de las dinámicas de nuestras comunidades pueden aparecer dos tentaciones: no cuestionarnos o interpelarnos mutuamente con la excusa de “respetar los procesos personales”; autojustificarnos en nuestra posición de inactividad intentando convencer a los demás de la necesidad del servicio.



#### IV. *Cómo proceder frente a la tentación*

Debemos tener en cuenta que la tentación como tal es algo normal en nuestra vida; nosotros pedimos “no nos dejes caer en la tentación”, pero no que se nos evite la tentación. Esta es siempre una ocasión de discernimiento, de crecimiento y de purificación. Posiblemente, sea de las oportunidades en que más claramente sentimos nuestros límites y, por tanto, nos encontramos ante la oportunidad de confiarnos más claramente en Dios.

1. En primer lugar, necesitamos identificar (delimitar) lo más claramente posible la tentación.
2. En segundo lugar, debemos recordar los criterios que enunciamos al principio, y en particular el reconocimiento de la vida comunitaria, los ejercicios espirituales y el acompañamiento espiritual como fuentes de ayuda para nuestro discernimiento apostólico. En la tentación nadie es buen juez de sí mismo y es entonces cuando el abrirnos a nuestros hermanos nos puede ayudar más a discernir nuestra situación. En la tentación se nos presenta siempre la posibilidad de la soberbia o autosuficiencia, es decir, de creer que solos podemos discernir la situación. Sin embargo, lo necesario aquí es justamente lo contrario, la humildad y sencillez de corazón del que se sabe limitado y necesitado de ayuda.
3. En tercer lugar, las “herramientas” a nuestra disposición son varias: la oración personal y comunitaria, el discernimiento ignaciano, el examen de conciencia, etc. Evidentemente no son instrumentos que se puedan utilizar de forma aislada y circunstancial; es decir, la oración y el discernimiento deben ser el “humus” natural de nuestra vida para poder convertirse en canales para encontrar la voluntad de Dios. Nuestra propia identidad cristiana y CVX se juega en esta instancia.
4. En cuarto lugar, recordar la regla de oro de San Ignacio frente a la tentación: “en tiempo de desolación no hacer mudanza”, es decir, en momentos de tentación no cambiar las decisiones tomadas.
5. Personal y comunitariamente, es conveniente ubicar las formas más frecuentes de la tentación y mi/nuestra forma de reaccionar ante ellas. Normalmente iremos descubriendo ciertas “constantes” presentes que quizá nos ayuden a descubrir raíces profundas que están en nosotros: indiferencia ante los demás, tibieza en el seguimiento del Señor, egoísmos, arrogancia, prescindencia, vanagloria, etc. Es importante que nos podamos reconocer en nuestras propias tentaciones.
6. Una vez descubierta la tentación (en qué consiste y hacia dónde me lleva), y visto lo que hemos de hacer, debemos estar dispuestos a actuar en consecuencia. Se da así una necesaria apelación a mi/nuestra voluntad; recordemos que en estos casos, sin la acción el discernimiento queda reducido a un mero juego de “disección de mociones interiores”.